

# CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



*Este número  
contiene*

UN SONETO DE  
VALLE INCLAN

UN CUENTO DE  
CONCHA ESPINA

UN ARTICULO DE  
SALAS YIU

ALAS ESPAÑOLAS  
UNA NOTA GRAFICA DE ANGEL ARACIL

20 CENTIMOS



En España, durante el pasado mes de diciembre, 670.800 personas lograron ganar mucho tiempo y tuvieron la satisfacción de ponerse en contacto con otras personas ausentes, sin los gastos y molestias de un viaje.

Esto no es producto de la fantasía. Es el resultado de 1.657.579 conferencias telefónicas interurbanas celebradas, de las cuales, en el 65 por 100 de los casos, la comunicación quedó establecida en menos de dos minutos.

Si usted no está incluido entre esas 670.800 personas, piense bien en las ventajas del servicio telefónico interurbano, porque vale la pena.

# COMPAÑÍA TELEFÓNICA NACIONAL DE ESPAÑA



PRESENTA LA PRIMERA DE LA SERIE DE SUS  
PRODUCCIONES NACIONALES

**VIDAS ROTAS**  
Inspirada en una obra de CONCHA ESPINA

CON

MARUCHI FRESNO

LUPITA TOVAR

Pepe Isbert - Enrique Zabala - Fernando G. de Córdoba  
Arturito Girelli Paquito Alvarez

PRODUCCION: INCA-FILM  
PRODUCTOR: G. Pollatschick

DISTRIBUIDA EN ESPAÑA POR



ULARGUI-FILMS





Por la calidad de las firmas que colaboran en esta edición puede el lector darse perfecta cuenta del esfuerzo que ella apareja y de la sostenida atención que ponemos en corresponder al favor creciente del público y las voces de estímulo que, con abundancia y reiteración emocionante, nos llegan de toda España.

“LA RIFA DEL CORDERO” es la segunda colaboración con que avalora estas páginas la gran novelista Concha Espina; relato de fina emoción y gran plasticidad de estilo, que recuerda las famosas “Pastorelas” de su primera época.

“PSICOLOGIA DEL ALFILER”, de Félix del Valle, es una delicada nota del notable escritor peruano, en la que están presentes su aguda capacidad de observación y sus excelentes dotes de humorista.

José Zamora nos envía desde Atenas una visión de la ciudad ilustre, luminosa, animada y actual. Decoran la página dibujos y fotografías del autor.

“DOS MOTIVOS PARA AGUAFUERTES” es el título del segundo trabajo que, continuando su “suite” barcelonesa, nos ofrece en este número Eduardo Blanco-Amor. Relato ágil y trazo seguro, sin que la concesión al pintoresquismo que exigen por su misma índole los temas que en esta página trata excluyan la dignidad literaria común a todos sus trabajos.

Con un estudio sobre Juan Christian Andersen, el gran novelista, y poeta danés, inaugura sus colaboraciones en “CIUDAD”

Salas Viú, que se muestra en esta página capaz de alcanzar un prestigio literario a la altura del que posee, bien ganado, en el mundo musical. Esta crónica va ilustrada con excelente retrato del autor por Ricardo Fuente.

José Venegas firma también su primera colaboración en este número con un metódico trabajo, de gran valor estadístico, sobre la expansión del idioma castellano en todo el mundo. Trabajo serio, lleno de sugerencias, en el que Venegas vuelve sobre temas de su preocupación que vienen absorbiendo sus estudios desde hace varios años.

Mlle. Madeleine Millet, una de las más cotizadas escritoras sobre temas de la Moda, de Francia, hace su presentación en este número, con una correspondencia de exquisito “sprit”, en la que ya nos ilustra sobre su gran conocimiento del tema a través de un estilo cautivante, que ha de ser muy del agrado de nuestras lectoras. Y del Sr. Avilés Ramírez, escritor español, asimismo residente en París, publicamos la primera de sus crónicas bimensuales relacionadas con el mundo literario francés, y dedica ésta al voluntario exilio de Francis de Miomandre en Mallorca, que ha sido uno de los más sensacionales acaecimientos del mundo literario francés en las últimas semanas.

La colaboración poética está a cargo de D. Ramón del Valle-Inclán. El glorioso maestro nos ha honrado con un bellísimo soneto inédito, que publicamos glosado por un dibujo de Santonja.

Director: VICTOR DE LA SERNA  
 Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR  
 Dirección, Redacción y Administración:  
 PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID  
 Teléfono núm. 20860  
 APARECE TODOS LOS MIERCOLES  
 Año II. 23 de Enero de 1935 Núm. 5

## LA SEMANA



Al fin, el Concejo madrileño ha resuelto restaurar la nomenclatura tradicional de las calles de Madrid. Si se tratara de una mixtificación o de una pura imitación de lo antiguo, protestaríamos enérgicamente. Nos parecen deplorables las puestas en escena en las ciudades, por la misma razón que nos parecen deplorables los despachos llamados “renacimiento español” y las lámparas eléctricas con una hoja de antifonario por pantalla. Todo lo que es falso es, en el fondo, cursi.

Pero en la nomenclatura de las calles de Madrid se estaba haciendo algo más deplorable aún: destruir lo que se conservaba en los labios del pueblo, como viva continuidad histórica, para substituirlo por denominaciones abominables o pueriles.

La historia de Madrid, puebla castellana, estaba escrita en los rótulos de sus calles. Sobre todo, en los

de las calles de denominación gremial, que eran las de más fuerte resistencia a las frivolidades edilicias. Creemos que no se dará un caso de “numantinismo” onomástico tan bello como el de la calle de Cedaceros, que ha resistido treinta años al ataque de una placa con el nombre de D. Nicolás María Rivero. Al fin, la placa ha huído avergonzada, y la calle recobra su deliciosa denominación. Ahora hay allí camiserías elegantes, tiendas lujosas... y ni un solo cedazo. Pero el nombre perdura, desde el jueves, sin las trabas municipales.

Es de todo punto laudable la iniciativa municipal. Felicitamos a nuestro colaborador y corregidor, Sr. Salazar Alonso, y ya que está en vena de poner orden en casa, nos permitimos suplicarle ciertas adecuaciones urgentes, para que queden restauradas las siguientes cosas:

- 1.—Que la estatua de Quevedo esté en la glorieta de Quevedo, y no en la de Alonso Martínez. Que la estatua del Dos de Mayo no esté, por tanto, en la glorieta de Quevedo.
- 2.—Que el cisne que da nombre al paseo del Cisne no esté en la plazuela del Príncipe Alfonso o de Santa Ana.
- 3.—Que la estatua de Salamanca esté en la plaza de Salamanca, y no a 200 metros, en un cruce de calles donde no hace más que estorbar.
- 4.—Que el Paseo del Prado vuelva a llamarse “Salón” del Prado.
- 5.—Que la estatua de Bravo Murillo, que tanto estorba en la glorieta de Bilbao, esté en la calle de Bravo Murillo, donde hay unos preciosos jardines del Canal, que a él se debe.

Pequeñas cosas éstas, señor alcalde, que van muy bien con este sentido de ordenamiento señorial de la ciudad.

EL Viaducto se ha suicidado. Esperaba el firmante de estas notas que todos los escritores madrileños hubieran encontrado esta figura literaria en la mañana misma del viernes. No fué así.

Lo cierto es que el Viaducto se ha suicidado, como correspondía a su naturaleza, del más ilustre de los instrumentos de suicidio que se han conocido en Madrid. No quiso morir desguzado como una vieja nave. Y cuando le hurgaban las entrañas con cabrios y mordazas, dió un respingo. Y el Viaducto se arrojó por el Viaducto para morir. Eso está bien.

Además, se ha suicidado como un señor: sin molestar a nadie, sin escribir cartas al juez, sin aspavientos.

ESTA fotografía no está tomada en ese lugar que indefectiblemente llaman los literatos “la parda paramera”, sino en la pura frontera de Madrid con el campo. Hemos prometido solemnemente a nuestros lectores no incluir en estas páginas nada pintoresco, si no es al mismo tiempo bello y si no lleva implícita una fuerte y útil substancia de hispanidad.



He aquí una estampa que no es solamente pintoresca, sino que es bella y noble. Ser un pueblo de pastores puede ser sencillamente el más alto grado de civilización imaginable. Un pueblo de pastores es, en parte, Inglaterra, y lo fué el Egipto milenario. Lo son en la actualidad América del Norte y la Argentina. Tan adherido está a la naturaleza del Estado español el pastoreo como fundamento de una economía indestructible, que el conjunto de los ganados de España formaba una institución superior a la misma institución real. “Cabaña Real de España” se llamaba, y también Honrado Concejo de la Mesta.

Madrid, por tantos títulos capital de España, lo es también por este de su señorial naturaleza pastoril. Ya hemos hablado de la cañada que cruza por el corazón de nuestra ciudad. He aquí un personaje ilustre en la historia de Madrid: el pastor. No os fieis: es posible que, de pronto, rompa en silvas o en sonetos como un Salicio cualquiera. Debajo de la zamarra de un pastor va en España, a menudo, un guerrero o un poeta. Como personaje importante que es, a menudo es engañoso. Puede ocurrir que lleve en el zurrón una comedia en tres actos. Guardaos entonces de él. No es un poeta pastor: es “el Pastor Poeta”.

UNOS excelentes deportistas españoles, entre los cuales los había de una calidad excepcional—y ya hablaremos del caso Escobar, por ejemplo, a quien debe España algo muy importante—, han pasado un frío espantable y unas incomodidades indecibles para matar un oso acorralado, después de gastarse una respetable cantidad de miles de pesetas.

El “Intourist”, especie de Patronato Nacional del Turismo de Rusia Soviética, ha rodeado de atenciones a nuestros compatriotas, pero el osito ha costado un dínar. Quiera Dios que no haya costado además alguna pulmonía.

Por unos 40 reales, poco más o menos, y sin peligro de despampanarse de una caída del trineo, unos cazadores santanderinos han matado dos osos, auténticamente silvestres y rigurosamente indígenas del Pirineo cantábrico. Si se hubiera organizado una expedición cinegética al monte de Saja o al de Bedoya, o a Braña Luenga, con todo el gasto y el aparato de la expedición a Rusia, nuestros deportistas habrían mandado curtir a estas horas unas espléndidas pellicas de oso negro.

No sería muy difícil que nuestro Patronato Nacional del Turismo, tan feliz de iniciativas y tan bien orientado como la mejor organización turística del mundo, montara cacerías al oso negro de Santander, donde se encuentran los mejores cazadores de Europa, y donde ahora mismo, a pocos kilómetros de Reinosa o de Potes, puede levantarse un oso de 200 ó 250 kilos.

Estamos seguros de que no habría de faltarles el apoyo de los deportistas montañeses Enrique Camino, Carlos Pombo, Lemaun... Y un magnífico viejo barbado, secretario de un Ayuntamiento rural—Hermandad de Campóo de Suso—, patriarca de los cazadores de osos en España.



UNA CALLE TÍPICA



Hans Christian Andersen

## ODENSEA Y SUS NIEBLAS, MARCO DE ANDERSEN



P o r V . S A L A S V I U

### LA CIUDAD

Ya pueden pasar y más pasar los años por sobre los muros de Odensea. La ciudad no cede ni el más leve de sus perfiles en este tributo que exige el tránsito del tiempo. Sus bellos rincones, llenos de intimismo; sus callecitas medievales, sus pulidas plazas, siempre acabadas de lavar, se conservan entre nieves y cristalones de hielo, frente a toda ley de mudanza. Y para que el tránsito de las horas sea más suave y dulce, la niebla, al envolver por entero esta



población de la vieja Dinamarca, parece como guata que salvaguarde sus aristas de todo roce en los giros de las horas. Los relojes en las puntiagudas torres cantan alegremente, con voz de claro cristal, su deslizarse.

Si ha crecido últimamente y le han salido barrios positizos a la osamenta de la antigua ciudad, ésta se conserva íntegra y puede reírse a socapa de lo que se le apega quizá en hambre de inmortalidad, queriendo sobrevivirse y, acogido a su amparo, burlar la eterna mudanza, el ir y venir sin tregua de las cosas.

Perdido en la tibia quietud de sus callejas, la ciudad conserva amorosamente el eco de las pisadas de aquel entre los poetas que supo domeñar la más refulgente fantasía y someterla a más modesta ley: la ternura, la sencilla y más sutil de las ternuras.

Desde la casita de la Munkemonestraede, en que vivió Hans Christian Andersen, no había que dar un paseo muy largo para encontrarse en el pleno paisaje, sobre el que están pintados al realce los cuentos de Andersen. Ese campo de charolado verde, al que blanquean en primavera flores de una inverosímil nitidez. De la repetida contemplación de este cuadro tendido ante sus ojos de muchacho, aprendió Andersen a estimar la de más fina calidad entre las leyes de su estética. Lo mismo que este velo impalpable y frío de la niebla hace de todo materia de halo, lo mismo que este aliento que se desprende en el atardecer de las mil bocas muertas de sus lagunas, sofoca en sordina los metálicos dorados de la luz, los duros grises de la piedra o los verdes del suelo, lo mismo el chisporroteo de su imaginación se decolora a exigencias de su delicadeza, que no puede tolerar crepitación alguna, que ha de limpiar al fuego de sus hirientes saetas. Mientras, sin excepción, todos los cuentistas, llevados de una tradición que de ellos tira, conservan de lo oriental los brillantes colores, Andersen rechaza todo esto, que, en su último extremo, puede llegar a ser baratija de feria, relumbres de bazar. Cuando su fantasía más poderosa emprende fugaz carrera, su barroquismo es el de los grandes hayedos sombríos. La Muerte, la feroz Muerte de *La historia de una madre*, vivía solapada entre estas columnas que se recortan con grueso relieve entre las sombras de sus propios cuerpos. Y no es que Andersen rompa con la tradición, la buena tradición oriental. De allá vinieron al cuento y a la fábula sus mejores esencias. Lo que el poeta hace es escoger de tan tupida madeja los más delicados de sus colores. Las brujas, los genios, endriagos, gnomos, gigantes, ceden paso a la sirena que quiso ser doncella, al ruiseñor de los parques del Emperador de la China, esa leyenda que ha vuelto a cobrar vida en una de las mejores obras de Stravinsky, al patito feo, al pino niño, o a la modesta candela y la orgullosa bujía que se disputaban ese mundo insondable que cabe entre cuatro paredes.

### EL MUSEO

Si al trazar Andersen su autobiografía recuerda con tal precisión cada uno de los elementos que componían la vida en su casa natal de Odensea; si pieza a pieza puede describir los cuartos de aquella pobre casita, con sus cortinillas blancas en el verano, sus cromos colgados en las paredes y el arca de roble en la estancia más solemne; si luce a través de las vicisitudes de toda una intensa vida en sus recuerdos con tal brillo aquel pequeño patio a la espalda de la casa, con sus matas de grosella, en el que tantas tardes de verano devanó sus primeros sueños, la casa que fué su morada, con no menor ternura mantiene hoy vivo su recuerdo. Todos los objetos que participaron con Andersen una vida en común, que por él y para él vivían, están allí como atentos todavía a su presencia. En una de las estancias, un busto del poeta que añadió encantos a los que la niñez encierra, bruscamente, indica al que por allí pasa que todo aquello no hace ya sino recordar una vida, que estas cosas han perdido su objeto aquel de antes. Pero en cada uno de estos rincones se ha remansado algo que es lo que da un tinte así de cálido a la evocación.

La historia de cómo se ha formado este Museo es sencilla y breve. En 1875, el año de la muerte de Andersen, el Concejo de Odensea fijó una lápida en sus paredes, que impidió que la casa fuese destruida. En el centenario de su nacimiento se creó el Museo Andersen, que día a día ha ido desarrollándose con nuevas adquisiciones, hasta llegar a estar como hoy se encuentra. En 1930 se hizo una restauración del todo respetuosa de aquella casa, que una mañana de abril, hace más de siglo y medio, abandonó Andersen con su madre, que fué su última morada de Odensea. Su última y su permanente morada en esta ciudad desde que ha sido dedicada a su recuerdo. Tras de sus gruesos vidrios, esa niebla que, como de la tierra, brota en los atardeceres, desdibuja los afilados contornos de las cosas, sigue haciendo de estas lomas llenas de verdor, de estos grises lagos, de los uniformes sombríos hayedos, escenario para cuentos de Andersen.

CARICATURA DEL AUTOR POR FUENTE

*Toda de Zoroastria  
valle por inclán*

*Toda sonora de lejanos ecos,  
Negra de soles, me salió al camino,  
Y en la mano la cifra del Destino  
Me leyó con gitanos embelecos:*

*Fragante de nocturnos azahares,  
Triste de ciencia antigua la sonrisa,  
Y en la falda de flores una brisa  
Mágica, de puñales y cantares.*

*Negra y crepuscular rezó en mi oído  
Su agüero. En la tiniebla transparente  
De sus ojos, la luz era un silbido.*

*Se enroscaba a sus senos la serpiente,  
Y las pomos del árbol prohibido  
Estrellaban los arcos del Oriente.*

(ESPECIAL PARA "CIUDAD")



ILUSTRACION DE  
SANTONJA



## PSICOLOGIA DEL ALFILER

Por FELIX DEL VALLE

UNO

Parece mentira que un menudo hilillo de alambre sirviera para tantas cosas. La historia espiritual del alfiler, cuando no supera, responde a su endeble textura material. Es delgada, maleable, pero incisiva y brillante. A pesar de nuestros adelantos, no obstante del invento de los botones de presión y de los corchetes, sufriendo competencias casi ilícitas, doblándose, pinchando indiscretamente, hasta el punto de arrancar interjecciones y apóstrofes, el alfiler sobrevive, se sostiene, relampaguea aún. Ningún objeto tan simple, delgado y sutil, ha hecho renegar tanto a varias generaciones. Ninguno ha provocado esas pequeñas tragedias instantáneas, fulminantes, que nos sacan de juicio. Y el muy avisado parece que lo supiera. En efecto, cuando cae al suelo deslizándose de unas bellas manos inquietas, en los momentos de más prisa en el tocado, no se conforma con permanecer donde ha caído, para que la mirada y los dedos en faena de pinzas lo apresen nuevamente. Es más ladino. Imperceptiblemente rueda veloz y se aloja entre las ranuras del parquet, donde, como en una tumba, se oculta, desaparece, deja de brillar. La mirada molesta, agria, iracunda, va y viene, hace cruces muy grandes primero, muy reducidas después, sin hallarlo. Toda nuestra sangre se enciende entonces. Todo nuestro furor estalla, singularmente si, como casi siempre ocurre, ese alfiler que se nos pierde es el único que nos queda. Por un momento, el alfiler escurrecido tiene sobre nosotros una potencia incalculable, infinita, puesto que subleva nuestros nervios, triza nuestra cordura y viola nuestra serenidad. Su insignificancia cobra, pues, dimensiones catastróficas. Y sin embargo, ¡cuán útil es todavía! ¡Qué recurso magnífico constituye aún para saldar enseguida dificultades imprevistas del atavío! Su decadencia, es verdad, va en aumento. Mas no es la decadencia del alfiler proletario la que se advierte. Es la del lujoso y burgués, que ha desaparecido del mercado. Recuérdense aquellos alfileres, puñales o estiletos, largos y finos, que usaban las mujeres para sujetar sus vastos y enmarañados sombreros. Sin duda, entonces las cabezas de las mujeres eran más sólidas, más resistentes, y se permitían colocar sobre ellas nidos de pájaros disecados, que ahora quizá sí empiezan a revolotear por dentro. Y fruteros auténticos. Y también jardines, huertos, ramas de árboles cuajadas de frutos enanos, rodeaban la copa minúscula o el ala amplísima. ¿Cómo asegurar tamaña exposición sin el recurso de los andares maromeros, sin que la fruta cayese, los pájaros volasen o las plumas delicadas se estropearan? ¿Quién mantenía en firme aquel edificio? ¡El alfiler! Se trataba del alfiler mitrado, Sumo Pontífice clavado bizarramente y a conciencia. Traspasaba la paja o el castor, atravesaba moños y rodajas de trenzas, y todavía su punta amenazante era susceptible de lucir, de ser un lucerito irisdicente en aquel mitin absurdo de verduras, flores y pajarillos. No olvidéis tampoco las cabezas de alfileres, que eran resúmenes de los paisajes siderales. Tachonadas de pedrería o forjadas con primorosos arabescos, esas cabezas multicolores ponían la nota de una joyería abigarrada o escandalosamente amontonada. No seamos rencorosos ni nos las echemos de listos calificándolos ahora de cursis. Bien grato le era a la mirada posarse sobre esos cristales de color, como a la mosca atraída por el azúcar, contemplarlos románticamente y hasta elogiarlos con ese elogio implícito que jamás es traducido o expresado porque se cree innecesario. Y al lado de estos alfileres principescos, que ya no tienen cotización ni en el "Rastro", ¡cuántos otros tallarines niquelados, de formas caprichosas, que han desaparecido por completo y que no sabemos en qué cementerio se hallarán después de haber gozado, sobre cabezas negras o rubias, de una vida punzante y resplandeciente! Ocupaban, quizá, sí, con ventajosa agudeza, el lugar de las ideas llamadas luminosas, que hoy salen en serie o férreamente sindicadas, de cabecitas femeninas loadas *illo tempore* por los poetas que pretendían con el billete de una rima superar el cheque, esta oración moderna que se convierte en filtro de amor, que se hace efectivamente amor, que consagra el amor en cualquiera de esos suntuosos templos denominados Bancos.

DOS

La desaparición del alfiler mayúsculo, repito, no ha derrotado del todo al minúsculo. El proletariado, el más simple, el más común, sobrevive y goza de algunas de sus múltiples prerrogativas. Se aproxima todavía al pecho de una dama por los bisel del escote. Suele suturar un bache que el modisto no supo evitar en las curvas más susceptibles de imponderables y caprichosas sublevaciones. El muy pícaro entra y sale, sin respetar pudor alguno, por zonas del cuerpo femenino vedadas a la mirada. Con un pinchacillo logra un ¡ay! de la boca más linda y que surja una gota de rubí en los recatados e invisibles primores. Es sangriento, en efecto cuando el muy tuno no se siente bien conducido y acomodado. Porque, lombricilla hipócritamente inflexible, siempre que no se le maneje con rectitud, con temple, se dobla, se curva, se rebela e infiere, cual insecto inocente, su picotacillo, a la par insufrible y deliciosamente freudiano. Pero

es que a esta aguja ciega—el alfiler no tiene ojos—hay que empujarla inequívocamente por la cabeza. De esta manera nos obedece, anticipándose así a todo plan de convincente política social. Ciertamente que el lindo alambrito está dotado de una piel de luz muy engañosa y delicada, puesto que al menor descuido se oxida. Y un alfiler oxidado puede terminar con la existencia más robusta, porque la oxidación produce, junto con el picotazo, la más terrible infección, de la misma suerte que esos microscópicos bichillos cargados de veneno, verdaderos precursores de nuestros vanidosos y cacareados gases asfixiantes, que para el aniquilamiento de una ciudad necesitan valerse de grandes y complicados aparatos mecánicos.

Pues bien: con los alfileres humildes se han cerrado de un solo pinchazo, tan cruel como certero, esas altas ventanas del alma, que, según se afirma, y no hay motivo para no creerlo, son los ojos. Con los alfileres se ha obligado en las antiguas reuniones familiares, por el novio celoso, a paralizar los devaneos de la novia casquivana, pues sus avisos punzantes son más discretos y menos groseros y ordinarios que los rudos pellizcos del cinema, que suelen dejar un cardenal tan enorme, que más bien parece la síntesis de un crepúsculo. Con los alfileres, además, chiquillos y viejos han hecho travesuras, bromas diabólicas, atentando contra fortalezas inexpugnables, contra las partes más carnosas y aparentemente menos sensibles del cuerpo humano.

TRES

No quiero recordar las solapas de los sastres, las moñitas, blandos riñones de terciopelo donde tan a gusto se hundían, y otras tantas tablas de salvación con que todavía cuentan los pobres alfileres. No me ocupo prolijamente tampoco de los destinados a las corbatas, porque llenaría un volumen. Desde el de oro fino, labrado en tobogán, que sostenía esa piedrecita de radio para descomponer la luz en mil ondas de colores vivos que es el brillante solitario, hasta aquel tosco que soportaba la muela careada de una perla deforme, barata y generalmente heredada. Y sin entrar, por supuesto, en los mantenedores de palomitas en fingido aleteo de paz, ni detallar aquéllos, predilectos de una época, de variadas herraduras, que los hombres solían incrustar en sus corbatas con el ingenuo propósito de despistarnos al subirlos o ascenderlos hasta el pecho desde el sitio que, en realidad y por pura lógica, por derecho del adminículo y deber del propietario, les correspondía.

Pero no nos engañemos con nuestro fervor por tan minúsculo instrumento: el alfiler, irremediamente, muere después de haber prendido con efímera y simbólica brillantez tantas cosas: desde el harapo miserable hasta los pluviales mantos reales. En el apogeo de su vida ha cosido también prendas mundanas y severos tratados diplomáticos, antes de que se inventaran esos churros sin punta y sin gracia que son los clips o sujetapapeles. Mas la verdad es que ya nadie quiere al alfiler. No puede abrirse un hueco. Casi nadie lo usa. Nadie le ha cantado tampoco un responso lírico. Defunción la suya sin esquela, y probablemente, entierro en el olvido sin cortejo y sin lágrimas. Total: ingratitude humana. Y es que—yo estoy seguro de ello—nadie sabe la importancia ni conoce el nombre de quién inventó el alfiler (claro que yo tampoco lo sé). Sin embargo, no recuerdo si fué Napoleón quien dijo que más valía un alfiler desnudo en la mano que cien espadas envainadas colgando arrogantemente de otras tantas cinturas marciales. Y Napoleón—no me lo discutirá ningún sesudo y celso historiador—era autoridad que manejó con destreza y pericia, dando el propio pecho para clavarlo en el del adversario, esos alfileres gigantescos, flamígeros, antipáticos y siniestros que son las espadas de punta, filo, etc., sólo útiles para la batalla cruenta, y que, al revés de los alfileres, tienen la cabeza, vulgo empuñadura, significativamente vacía...

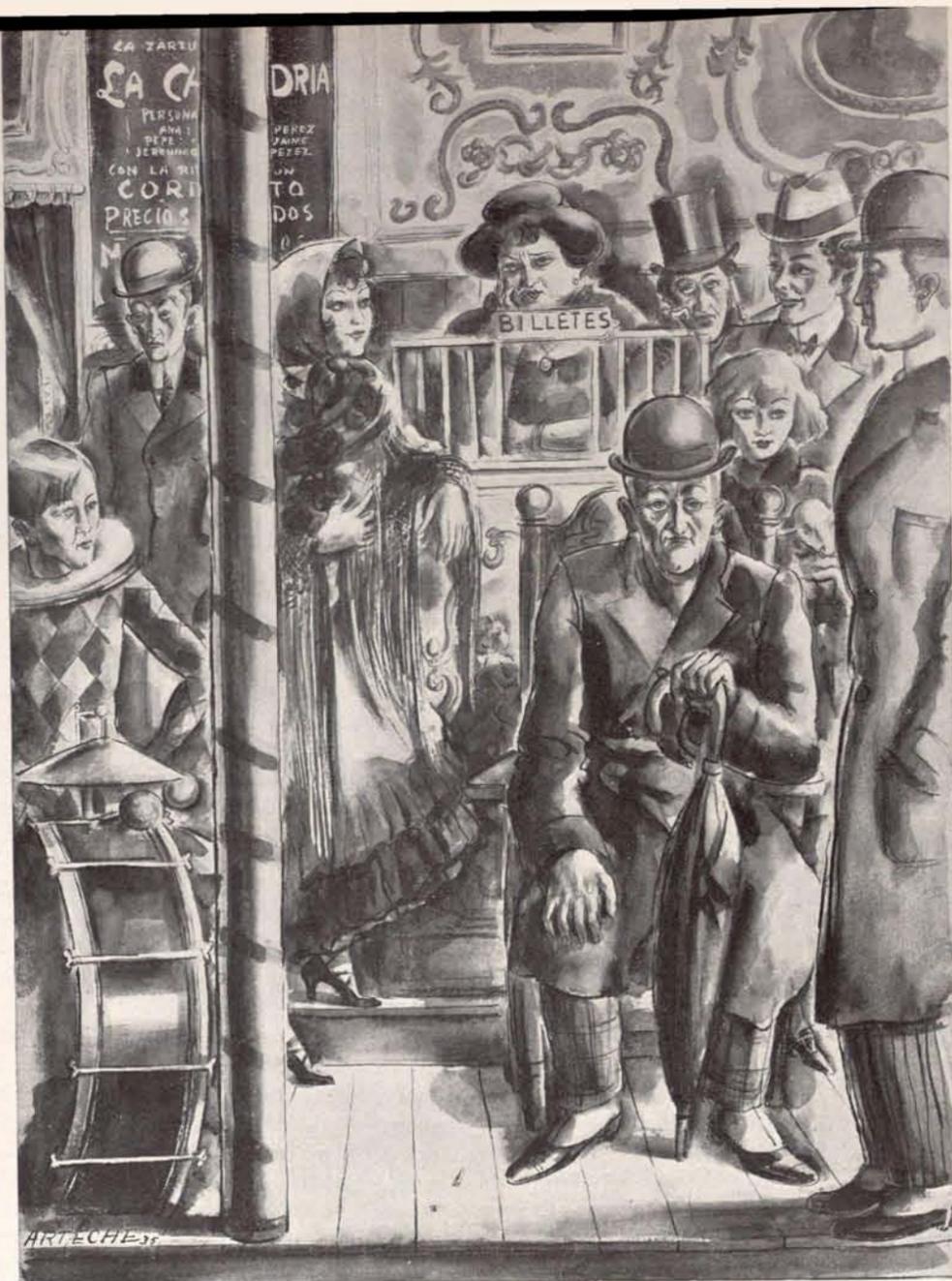
DIBUJOS

DE

ARTECHE



...y los comediantes se reunieron mustios en el teatrillo desocupado, sin vender una sola localidad.



ILUSTRACIONES  
DE  
ARTECHE

Nieve de un diciembre cruel y triste cubría los caminos. Llegaron los cómicos azotados por la nevisca, y desde la estación del ferrocarril hasta la plaza dejaron en el lodazal de la carretera, a lo largo de la costa, el hondo surco de las caravanas humildes: señales de zapatos hombrunos, huellas menudas de mujeres y niños, junto a las pisadas triviales de un cordero, porque en aquella tribu, amasada por tres generaciones de una sola familia, había también un animal balador, mimado y suave, un poco desabrido.

Fué el director de la compañía, en sus verdes años, un "apreciable artista" que rodó en teatrillos de segundo y tercer orden, hasta ir perdiendo lentamente sus facultades escénicas, mientras los hijos, secundándole en lo posible, acompañándole siempre con aumento de fecunda descendencia, se iban rezagando en el camino del arte, sin conseguir los laureles de su antecesor. Esta supremacía que los suyos le reconocieron, aun en plena declinación del triunfo, granjeóle al patriarca el sonoro epíteto de "el maestro". Y así le llamaron pomposamente, cortejándole con una ingenuidad en que había mucho de veneración y de ternura.

A escote pagaban entre todos el café del maestro al mediodía y las pastillas de malvavisco para calmarle un poco la tos; suyo era el mejor camastro en las miserables posadas rurales; suyos una especie de paraguas, que apenas tornaba la lluvia, y una rara prenda de vestir, entre anguarina y paletó, de fecha remota y origen colectivo.

El buen anciano recompensaba la solicitud de su prole haciendo esfuerzos heroicos por sostener en la escena el prestigio de la antigua fama. Sin bríos ni salud, helado y temblón durante aquellas noches invernales, se presentaba al público arrastrando penosamente las zapatillas rotas, en la representación de su pieza favorita, *La Calandria*, una zarzuela que se había hecho él aplaudir muchísimas veces al través de los años y los pueblos españoles.

Hoy la boca del viejo, estirada sobre las encías desnudas, en los números cantables, adquiría una profundidad trágica, y la voz dolorosa, emitida desde tan adusta cueva, desgarrábase en el salón con acento de sollozo, hasta que, rendido el artista, daba en toser y en escupir.

Entonces la propia *Calandria*, nieta del cómico, alarmándose bajo el raído mantón de Manila, auxiliaba al enfermo, presentándole un taburete "con mucha naturalidad", mientras le echaba aire con el abanico, "figurando" que todo aquello pertenecía a la zarzuela.

Y el recurso era de un verismo tan descollante, que le aplaudían siempre los espectadores, en tanto

# LA RIFA DEL CORDERO

## cuento de Concha Espina

que el pobre galán, sin camisa ni dientes, daba las gracias inclinándose hacia las fementidas babuchas...

Está diluviando; un tapiz de obscuridad ennegrece las calles; se oye el ronquido de las olas, y el viento afila su guadaña en las nubes. El vecindario, refugiándose en los hogares calientes, olvida que el maestro y sus discípulos no tienen qué cenar en esta Nochebuena.

Los cómicos, que actúan en el barracón de la plaza, ya fueron en su mayoría a cantar los villancicos en la parroquia al anochecer y a oír la plática del cura. Son fieles cristianos, o tratan de congraciarse con los devotos del lugar.

Pero han salido muy tristes de la iglesia, porque el sacerdote leyó una meditación que exhortaba al recogimiento y la santidad de la Pascua. Dijo que era menester llenarse de inocencia alrededor de la lumbre entre niños y plegarias,

hasta que los ángeles se durmiesen y acudieran los mayores a la Misa del Gallo; recomendó la simplicidad y la quietud para que hallase cada uno en su corazón el anzago de una estrella, por muy obscura y cerrada que naciera la noche.

La gente se retiró de allí con moderada alegría, disponiéndose a cumplir el mandato piadoso, y los comediantes se

reunieron mustios en el teatrillo desocupado, sin vender una sola localidad.

Inútilmente se anuncia la "gran fiesta de gala" a precios reducidos, con opción a la rifa de un cordero. El vecindario, escudándose en su egoísmo natural, canta y hace colación, soñando con el lucero de Belén, y los infelices artistas se contemplan unos a otros, procurando ocultar su angustia al maestro, que tiembla pálido y febril, agravado en su enfermedad, hecha de años y pesadumbres.

El "gracioso" de la compañía tiene cinco rapaces, nietos del director, y la mayorcita de ellos, una rubia espigada y dulce, es la dueña del corderín otoñal, constituido aquella noche en reclamo estéril de la fiesta. Le cubre la muchacha en su regazo con avaricia, hispiéndole los lacitos azules que le adornan. Y pone una atención expectante en lo que sucede.

"Si no hay público, no hay comedia, y se ha salvado el cordero", razona la niña, que se llama Pilarín, cuando su padre alude, impaciente:

—¡Vamos a guisarle!

—Yo no tengo ganas de cenar—asegura la pequeña, muy animosa.

—Ni yo.

—Ni yo—van protestando, generosos, los hermanitos.

Se alza una leve disputa, aguzada por los chistes de los hombres contra las mujeres, que han tomado el partido de la chiquillería, hasta que el gracioso, muy resuelto, decide:

—Es menester que cenemos.

Y arrebató el animal del enfaldo de Pilarín, que gime, sin atreverse a una resistencia obstinada.

Mas el abuelo, transido, clavado con los alfileres de la calentura, se erige en árbitro de la discusión.

—No alcanza el bicho para la cena de todos, y no quiero que la niña lllore—pronuncia, esbozando su habitual gesto de arrogancia, aunque le interrumpen la tos y el abatimiento.

La familia se persuade entonces de que el maestro no puede más: está vencido, casi agónico. Ya nadie se ocupa de la cena



ni, por tanto, del trémulo corderillo, y le recoge Pilarín, acercándose al anciano con gratitud.

El acaricia un poco la espumosa lana del recental y el cabello rubio de la nena, su preferida entre la prole menuda. Después se deja conducir a la posada en un sillón por el borde tenebroso de la costa. Así le llevan, apenas abrigado con el medio paraguas y el gabán, mecido por la lobreguez de la noche como en el arca negra y fría de la muerte.

Los hombres de la compañía se turnan para sostener al patriarca en el largo trayecto, y van los demás parientes estrechando el grupo en comitiva silenciosa, bajo el látigo de la lluvia. Las mujeres rezan; los niños suspiran; el más pequeño se duerme en brazos de su madre.

Llegan del cercano caserío rumores alegres de la Pascua, cantares y músicas de Navidad; el repique de los crócalos, la risa de las panderetas, el son pastoril de un rabel. Del otro lado del sendero, en el cúmulo de la obscuridad, muge la espuma rabiosa del cantil; parece que la marejada está contando el dolor de muchas vidas tristes.

Y el pobre maestro nada oye ni comprende, ni sabe que agoniza; sólo nota un gusto de amargura en los labios, una aspereza de viento y de sal.



Al día siguiente, Pilarín, muy llorosa y consternada, decide vender las papeletas de la rifa para costear el entierro del abuelito.

No consulta el propósito, para que nadie crea en una vacilación que no existe. Desprenderse del cordero, sortear una vida tan asustadiza y pueril, nada importa a la nena



—Para ti—le dice a la muchacha—; te lo doy, hija mía. Es un regalo de Navidad en nombre del Niño Jesús

ante la muerte grave que ha visto por primera vez. El abuelo, mudo, caído en la infinita postración, es una imagen horrible que la estimula a huir abrazada al corderillo, ofreciendo la existencia blanca del animal como un rescate de la tierra obscura, donde el anciano esconde su enorme palidez y mitigue el frío espantoso de los huesos.

Mientras los cómicos se rebullen en la posada, desorientados y afligidos, va la niña de puerta en puerta a correr su piadosa aventura; los ojos asombrados le aligeran el semblante; la timidez le da un encanto peregrino, y la sigue como un estol de tragedia la posa fúnebre de las campanas.

El vecindario se conmueve, y el recental de Pilarín, adquiriendo un valor casi fabuloso, le toca en suerte a una mujer, que no le acepta.

—Para ti—le dice a la muchacha—; te lo doy, hija mía. Es un regalo de Navidad en nombre del Niño Jesús.

Allá van los faranduleros camino adelante, dejando en el lodazal de la carretera el hondo surco de las caravanas humildes. Abandonan aquí penosamente el barro de una tumba, donde el maestro afronta el reposo de la eternidad, a los sones pascuales de chirimías y dulzainas, címbalos y tamboriles. Un viento húmedo y salado chasquea las ramas desnudas de los árboles; rugen todavía las olas entre las peñas; en el fondo distinto y vario de todos los murmullos se oye el balido amoroso del cordero, que acompaña a los pobres artistas, viajeros de la tarde gris.

Y aquella voz, perdiéndose en la línea turbia de la playa, tiene un acento alegre de piedad: es íntima, cándida y aguda, como la nota de un cascabel...

ESCRITO ESPECIALMENTE PARA "CIUDAD"

¡Burgos! Aire frío, en hojas como cuchillos. Aire grueso, esponjoso, con una estrella de hielo en cada poro. Por la mañana, el sol—un sol pálido y tímido, amarillo de miedo y de anemia—llena de virutas rubias las aceras. Pero los zapatos de los aldeanos—sombras unidas de hombre y de cabalgadura—se las llevan pinchadas en el compás adelante de las piernas.

Viendo este sol y esta luz de cirio mortecino se piensa—sin poderlo evitar—en que por el cielo va rodando una moneda de oro con el busto de Carlos II el Hechizado. Y hay que sacudirse de sobre los hombros del gabán la leyenda, la historia y el pasado, que flotan en el ambiente como un polvo sutil de cenizas.

Acaso esta nostalgia de historia, esta hambre tremenda de evocación gustosamente manriqueana que surge al paso del viajero en cada piedra amarillenta por el lento desfile de los días, tras de cada esquina, como un embozado de sombras que fuera a recitarnos una estrofa del Romancero; o en las calles medievales, de guijos puntiagudos y oscuros portales—¡callejas de las viejas ciudades castellanas, en las que hay siempre un perro triste que ladra y una luna medrosa, cansada de contemplar lances de aventuras nocturnas!—, sea el signo más destacado, la rúbrica de más profunda huella en la ciudad.

Burgos se ha dormido con la cabeza reclinada en el pretérito y sueña aún con Mío Cid Campeador, a pesar de que en El Espolón, de verdes recortados al gusto inglés, carraspean incansables los altavoces de los bares modernistas y de que algunas de sus calles céntricas han ido empujando a la ciudad vieja, con los puños fuertes de sus amplias aceras, hacia los extremos. Hacia las alturas de los barrios dormidos e insobornables, donde aún el adobe tiene un gustoso color de caramelo y de tierra castellana.

Pero la sombra de Mío Cid se ha ido con el acordeón del empuje, y pasea por las noches, vagando por el ataúd de las calles burgalesas, al encuentro de sus leales, que ya le esperan, como si de pronto se hubieran escapado de sus

## Primer plano lírico de Burgos

POR

ANTONIO OTERO SECO

losas de pergamino todos los dibujos de los manuscritos antiguos y de los libros de coro.

Así en todo. Prisionero de la historia—de esa historia



que da miedo no escribir con mayúscula—, Burgos gira alrededor de las torres de su Catedral como una sombrilla de oro alrededor de su eje. El sol no parece tener aquí otra misión que la de hacer realidad ese tópico poético de las piedras de oro, poniendo un gorro rubio al templo. El resto de la ciudad permanece envuelto—ávido de sol y de luz—en la sombra fría de sus calles estrechas.

Dentro de la Catedral hay siempre un silencio que da gritos. Un silencio con fauces de sombras que devora las pisadas y que no se extingue ni aun con esa verbena catarrosa y digestiva, de ese duelo gutural, de trinchera a trinchera, a que se entregan los canónigos en el coro. Un silencio espeso, de profunda densidad. Tan espeso y tan denso, que la cuchilla de la mirada puede partirlo en finas lonchas, tapas magníficas para ese gran aperitivo del olfato que es el incienso.

Aquí, en el interior del templo, se hace aún más intensa esa angustia de pretérito que sale al paso del viajero en todos los lugares de la ciudad. Se mira uno con extrañeza el traje moderno y hay que hacer grandes esfuerzos de imaginación para aceptar que sean de este tiempo esos canónigos que hace un rato, en la puerta, platicaban en voz

baja, o ese mendigo con aire de romero trotacaminos compostelanos.

Pero no. Allí hay un canónigo que armoniza con el espíritu y la época del templo. Un canónigo seco y estilizado, como el San Bernardino de El Greco. Un canónigo típicamente castellano, de Avila o de Toledo, que El Greco hubiera podido inmortalizar poniéndole, recortado, airoso y fino, sobre el fondo de este evangelio callejero, de esta Biblia infantil con patriarcas y santos cabezudos que son las agudas portadas de la Catedral. Dentro del templo se va pisando por charcos de púrpuras cardenalias y de morados arzobispales. Las vidrieras proyectan sobre el suelo una verbena de colores violentos. En el cristal de las ventanas la luz juega a disfrazarse para después echarse a dormir en el suelo, en los altares, vistiendo a las imágenes con diabólicos mantos de reyes de baraja, o tendiéndose sobre esas grandes peponas desnarigadas que son los sepulcros reales. La gran vidriera del crucero es como una enorme granada comida por un enjambre de miniaturas. Como una gema prodigiosa, millonaria de reflejos y colores, prendida en el pecho del tejado: ave negra de sombras crucificada entre las torres.

Una vuelta por las naves de la Catedral es como un viaje sin tiempo y sin espacio por la historia. Se piensa que, detrás de una columna cualquiera, va a surgir un hombre abrumado de cronicones y de categoría guerrera. Y que el órgano del coro tocará sólo en exequias constantes por el alma de todos los graves varones que guardan, en actitud de óleos solemnes, el cofre del Cid.

No se puede entrar en la Catedral de Burgos con fervores de historiador ni con prejuicios de arqueólogo. Sobre el montón de fechas y de nombres, la mirada limpia y sin ansias evocativas del contemplador se hace gozosa y niña sobre este sarcófago de tiempo y de pretérito.

Nada más. Porque, además, aquí no entra el aire de la calle. No hay, pues, miedo de que se avente ese polvillo de pica-pica que se guarda dentro.



*Las faltas en que tan frecuentemente incurren las familias, debidas las más de las veces a pobreza, ignorancia o temor a decir la verdad, puede preverlas, descubrirlas y aun compensarlas el médico a fuerza de sagacidad, maestría, ascendiente, práctica, criterio científico y, sobre todo, sentido común.*

Si pudiéramos llegar a pesar las alegrías y los sinsabores que produce la vida médica a lo largo de su ejercicio, no habría duda que el fiel de la balanza de nuestra interrogante se inclinaría invariablemente del lado de las penas.

Al médico, ¡triste su cometido!, buen compañero del dolor y la desgracia, pese a los adelantos que deja su valer constantemente en el mundo de la ciencia, en los que día a día marcan la indeleble huella de un prestigio indiscutible, nadie le recuerda, si no es para mofarse o zaherirle, hasta que el agente causal patológico se adueña del organismo en derrota y reclama, por tanto, en esos momentos de impotencia natural contra el medio que infecta y consume el auxilio que el médico, abnegadamente, de manera pródiga, siempre otorga y jamás regatea.

Para luchar en esta batalla, como buen soldado en las filas del padecimiento, se hizo, en aportación, unas veces, de la materialidad del trabajo, unido al racional criterio de su inteligencia, y otras, la ingrata y silente misión investigadora, que descubre vacunas, reacciones, sueros. substancias de vida que intentan prolongar lo que en un espacio de tiempo fatalmente temporal y transitorio ha de arrebatarse la muerte, que al fin siempre termina haciéndonos su mueca de victoria, su burla triunfal al esfuerzo de la ciencia, vencida por quien nos arrebató de nuestros afanes el cuerpo orgánico que quisimos salvar y por el que luchamos hasta la derrota definitiva.

Claro es que no todo han de ser jornadas de tristeza en la vida del médico. Hay en su cometido un instante de felicidad, rayo de sol que inunda de luz la cerrazón de las interminables horas de la enfermedad, que es aquel en que se da el alta por curación: satisfacción romántica e íntima, como recompensa a desvelo tanto, y que pone fin a una responsabilidad inexcusable.

Pero hasta llegar a ese momento, ¡cuántos obstáculos tiene que sortear el médico!, fruto de una serie de prejuicios existentes en la mayoría de las familias para cada enfermedad en particular, y que tan graves trastornos producen en el estado y curso del padecimiento.

La inmensa mayoría de la gente tiene de las afecciones que se llaman, con la mayor de las confianzas, *enfermedades corrientes* una lamentable y equivocada idea, que se traduce en la enorme variedad de *remedios* que se ven diariamente aplicar para tratamiento de estos padecimientos, que no merecen para el personalísimo criterio de los que así opinan el cuidado médico tan necesario, basta para demostrar que estos auxilios no son precisos.

Hay que fijar la premisa de que no existen *enfermedades corrientes*. Toda la escala de pequeños síntomas, de banales efectos, de ínfimas causas, convertidas en ligeras alteraciones febriles, pasajeros catarros, trastornos intestinales de poca importancia, pueden ser motivo de graves afecciones, según su ciclo evolutivo y manera de reaccionar el organismo atacado. Esto es precisamente lo que tiene que ver el médico, para que su intervención, cuando es en última instancia solicitada, no sea tardía y resulte, por tanto, ineficaz.

¡Y si de los niños se trata, más vale callar... o hablar mucho!

Tratar con éxito sus dolencias, curar sus males, sería un encanto—aunque siempre es una profunda satisfacción—si no se tuviera que luchar con los familiares, y aún peor con los oficiosos y desinteresados amigos que surgen indefectiblemente cuando la enfermedad se prolonga más de cinco o seis días. ¡Y esto es terrible y verdaderamente funesto!

En aquel momento empieza el terrible calvario de las criaturas, y el *galeno*, a contemplar *caras largas*, pues, como decía sabiamente nuestro Letamendi, "las familias expresan fidelísimamente su estado de confianza en el médico, como los soberanos el de la suya en su primer ministro, no por signos directos de desafecciones, sino por frialdades en los directores de entusiasmo". No falta jamás, ¡qué ha de faltar!, tal o cual remedio que otro niño tomó y le fué como *mano de santo*: un *específico*, que a la segunda cucharada le quitó la fiebre; unos lavados de maravillosos efectos.

Sin consultar con el médico, a espaldas de éste, se aplica el *remedio*, se dan las cucharadas o se ordena los lavados, que, lógicamente, en el mejor de los casos, para nada han de servir..., pero que casi siempre, seguramente, entorpecerán el tratamiento y retardarán la curación, cuando no derivan en mortales complicaciones.

Al siguiente día, el pobre médico *andaré de cabeza*, sin lograr averiguar la causa y la *razón* de aquel insperado retroceso, y menos si tiene la suerte—los hay afortunados—que le *soplen* el motivo y puede llegar a tiempo de remediar el doble mal.

La práctica profesional está llena de *cosas* de éstas, que constituyen los más feroces enemigos con que tiene que enfrentarse la sagacidad del médico, para llegar a la conclusión que necesita en bien de la vida del enfermito.

Si queréis criar a vuestros hijos sanos, si queréis curarlos pronto cuando están enfermos, huid de esta clase de *consejeros* como de perro rabioso, y cuando, por imperativo estúpido del ambiente social en que os movéis, no quede más remedio que padecerlos, sed amables, haced que les escucháis, oidles si queréis..., pero no les hagáis nunca caso. Es un buen consejo.

Si un niño está sano, es necesario dejar que logre su desarrollo regularmente y respetar la normalidad de su estado fisiológico.

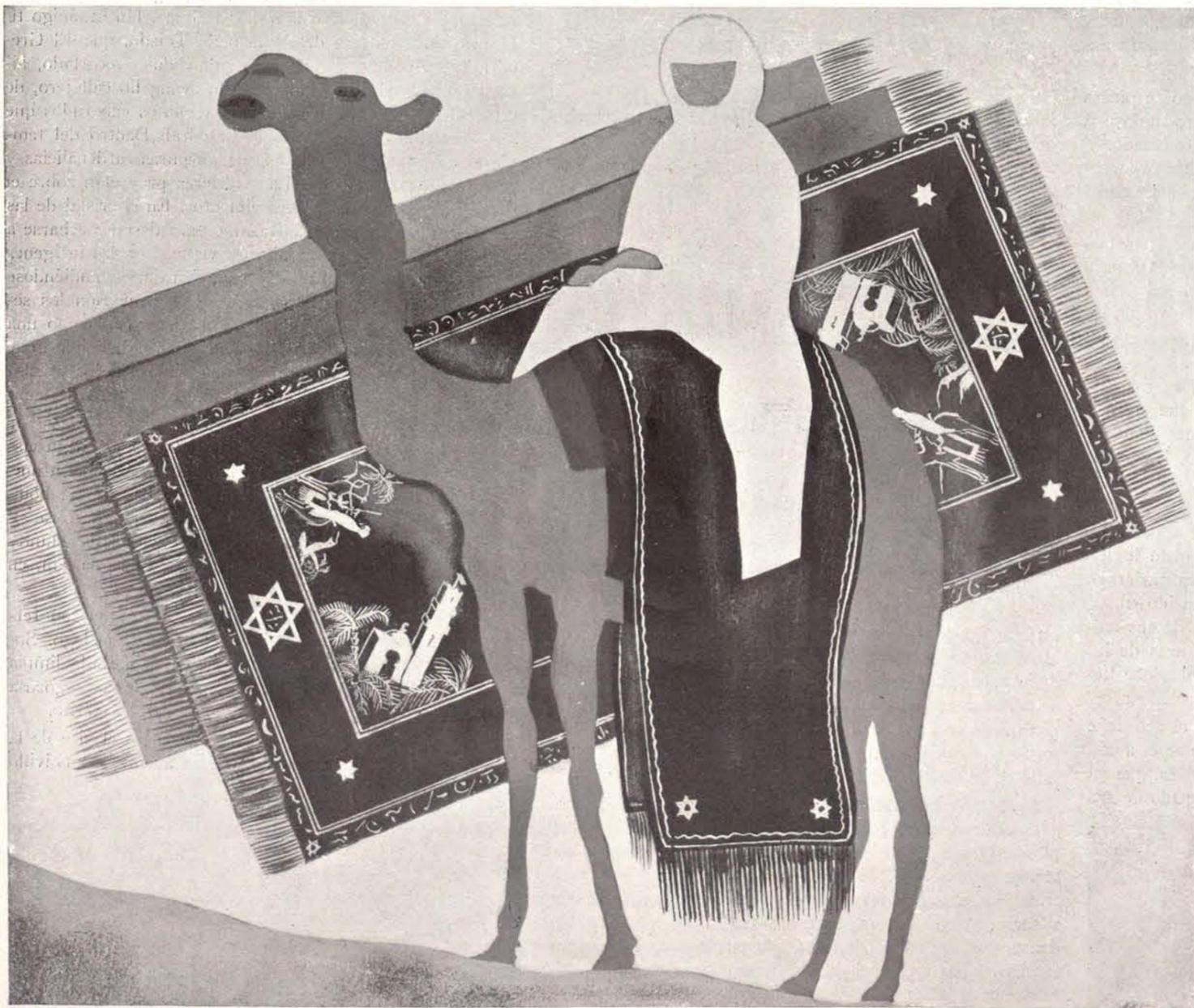
Cuando el niño esté enfermo o parezca que lo está, debe llamarse inmediatamente al médico, con el propósito de seguir rigurosamente sus instrucciones. Y no hacer caso de nadie más.

En estas dos reglas tan sencillas y tan fáciles de ejecutar puede resumirse todo el arte de tratar a los pequeños cuando están sanos o en los días que la enfermedad inquieta sus reservas.

No quererlas poner en práctica, por prejuicio científico, por timidez social o por pretensiones de suficiencia, es llevar a los niños a un evidente terreno patológico frágil y resbaladizo, y obligar al médico a *desfacer el entuerto* causado por la *enciclopédica ignorancia* de las personas que le rodean, en permanente alerta de recelos.

Precisamente en lo elemental de estas reglas está lo difícil de su práctica.

En la montaña de su simplicidad se forma el volcán de los absurdos inconvenientes.



# Alfombras Tapicerías Colchas

Son los codiciados artículos que, a precios muy rebajados, figuran en el actual gran

RECLAMO  
ANUAL DE

ALMACENES RODRIGUEZ

AVENIDA PEÑALVER, 4  
(Gran Vía) :: MADRID



## EL PARALELO

Si el Paralelo no fuese otra cosa que una calle muy ancha y muy larga y muy llena de tránsito, yo no hablaría de ella. Hay un "papamosquismo del progreso" que a mí, como a Poe en su tiempo, me deja igualmente frío. Pero el Paralelo es muchas otras cosas. Es, por ejemplo, el corazón proletario de Barcelona; el gozo quieto del obrero, que aburguesa dos medias horas de su día tomando café con copa y puro canario; la masa del rumor enorme hecha con las pequeñas pinceladas grises de los mil ruidos anónimos, por entre la que sacan su cuello rojo y desgañado el cacareo de los vendedores, la oca estruendosa de las bocinas y la nube de loros furiosos de los altavoces. Manzanas enteras donde todas las puertas son *dancings*, *bals musettes*, salas de variedades, cines, y más que nada, cafés. En uno de los trozos de esta calle, original y ruidosa, siete hileras paralelas de mesas—largas líneas de cien metros—se extienden, invierno y verano, bajo árboles o bajo lonas, agrupando en sus bordes a millares de personas que gesticulan y gritan, como si en vez de estar en la calle, se encontrasen en su club particular.

Adherido a este mundo, vegeta un vicemundo parasitario, de superficie profesionalmente alegre y de triste intimidad. Antes de poder abrir su diario clasista, el consumidor tiene que espantar un enjambre de ofertas y quejumbres: nubes de limpiabotas, mendigos de todo el mundo ibérico, gitanas enracimadas de hijos pitañosos, corbateros—nueva plaga—y hasta "cantaos", que han perdido el noble sentido del arte para ejercer bajísima artesanía... Pasan brujas, ligadas al antiguo oficio por los impropios afeites, llevando en las intenciones proxenitismos de impúberes, prontos a resbalar, a la primera insinuación, por los recantos aceitosos de los labios sumidos; perfiles pálidos y agudos, de insomnes sin profesión conocida, escurriéndose apenas por entre las mallas de la ley de vagos; ejércitos de mujeres disponiendo las miradas en batería para lanzar sobre el fácil enemigo de los "asalariados" las granadas de humo de su *rimmel*. Mundo gesticulante y laxo, laborioso y muelle, pervertido y místico. Anemias cárdenas del obrero, que deja a trozos su pulmón en las calas carbonreas o entre las manos de llama de las fundiciones, y estruendo ordinario de los carmines y falsos rostros de celuloide de las pécoras metropolitanas. La majeza, un poco fúnebre, de una peña de civiles, que discute sobre atracos y escalafones, y la peña proletaria, donde un "faista" explica, con palabra indocumentada y tajante, el comunismo libertario, mientras a su lado un mozalbate, absorto, deja caer un hilo de baba de homenaje sobre unas páginas simplistas de Bakunin.

Antes la calle se llamaba del Marqués del Duero; hoy se llama de Francisco Layret; mañana será de Pérez y Pérez, en honor de cualquier prócer de turno que pueda señalar, como norte efímero, la veleta de la política. Pero para el pueblo que la frecuenta y la ama seguirá siendo el Paralelo. Tras este nombre hay más historia y, sobre todo, más leyenda que la de estos presentes cafeteriles y placenteros, De aquellos tiempos viene el prestigio del nombre conservado



Y allí quedó remachado a balazos, que todavía hoy llevan en su frente de cal las casas pobres de la barriada, mostrando como viejos guerreros las antiguas cicatrices reivindicatorias. Al nombre del Paralelo está unida toda la obra y todo el martirologio del proletariado barcelonés. Así como la Rambla es el manómetro espiritual de Barcelona, el Paralelo es el pulso de su acción. No sé quién dijo que nombrar las cosas era tanto como crearlas. Y este nombre ha ido enriqueciéndose en talegas de años y sucesos con toda una historia y una mitología aún viviente en la rapsodia vulgar y apasionada de las conversaciones: historia interrumpida, que no terminada, en los puntos suspensivos de unos balazos con los que, no hace muchos días, he visto respunteado el borde de la acera donde yo mismo tomaba plácidamente mi café, mientras pescaba aquí y allá los tacos sueltos del rompecabezas de esta nota.

En la historia políticosocial de Barcelona, no se por qué misteriosa estrategia no confesada, el Paralelo es la Bastilla y el Kremlin de los ataques proletarios y de las defensas policíacas. Desconozco la importancia táctica que pueda tener el apoderarse de las mesas de billar y de las máquinas del café exprés. Cierta es que hay por allí algunos tugurios

# Barcelona

P O R

EDUARDO BLANCO AMOR



(Dos croquis para aguafuertes)

frecuentados por extremistas, pero ya tan conocidos, que resultan burgueses a fuerza de ser aburridos y sosegados. Entre estos tugurios hay un bar que visita la policía, con astronómica puntualidad, un par de veces al mes. Imponente despliegue de fuerzas de Asalto, máuseres amartillados, formación de gran estilo. Hay que tomar precauciones. El bar lleva un nombre realmente temible. Se llama "La Tranquilidad".

## BARRIO CHINO

Lo que de inmediato resalta en este "barrio chino" de Barcelona es que sus chinos son murcianos; sus japoneses, andaluces, y sus hindúes, extremeños. El único chino auténtico que se vió por allí fué, hace diez años, un vendedor de chucherías "balatas", que se fué aburridísimo y defraudado por no tener con quién echar un párrafo en el dulce idioma natal. Salvo este pequeño inconveniente, que falsea un tanto la exactitud toponímica, el barrio lleva con bastante propiedad su nombre, si es que "barrio chino", a través de las truculencias de Hollywood y de las novelas de Wallace, quiere decir laberinto de callejas sucias, mal alumbradas, transitadas por hampones, fulleros, chulillos, jaques y tarascas de toda laya y nación. Lo notable es que durante el día, el "barrio chino" presenta una faz hacendosa y obrera, que disimula y ennoblece su sordidez, con la madrepora de sus callejones poblada de driles y boinas. Hasta en una de sus "grandes" calles—dos metros y medio de anchura—hay un mercado. Pero en cuanto la noche llega—y vaya esto dicho en prosa de folletín, como conviene—, el barrio truécase en una cosa realmente demoníaca. Es difícil entrar y casi imposible salir si no se demanda orientación. Escasos parpadeos de faroles de gas llueven sus verdes claridades húmedas. Sobre las puertas de unos cabarets totalmente canallas, los *neonray* encienden de azafrán ro-



pas y cabelleras; y entonces los espectros pasan a ser un momento condenados, ardiendo en el pecado mortal de los dinteles. En las zonas de sombra, que son las más, se resbala sobre cosas indescifrables y se tropieza con seres fofos y astrosos, que inopinadamente resucitan en los quicios como lázaros de borrachera. El laberinto está convenientemente balizado por unos letreros luminosos que ofrecen mercancías precaucionales, gritando sus descaros con palabras de goma. Todos los guantes, los pañuelos, las estilográficas, "cosechados" durante el día en los descuidados bolsillos de los transeúntes, se venden por la noche aquí, en la obscuridad, en una insólita lonja ciega, de apalpaderas, medias voces y tactos avisados. Hacia las dos de la mañana, el aquelarre alcanza toda su energía resbaladiza y cruel. Lurpias escupidas por el hollín de unos portales sin fondo se deslizan contra los muros altos. Las drogas asoman su lividez de ojos espantados en los rostros huidizos. Una mano en garra, que sale por entre los jirones de un gabán, ofrece cosas absurdas. La *Moños*, vieja loca llena de cintajos, exhala melopeas del tiempo del *Vals de las olas*, con voz chirriante por los óxidos del vino, y la *Llimonaire*, borracha siniestra, con el cráneo rapado al cero y hundido por cicatrices horribles, celebra su vigésima pelea del día a puntapiés y mordiscos con los guardias. Y todo el barrio bulle en una blanda orgía, triste, fofa, larval, llena de suciedad, de pobreza y de ordinarietà, tan diametralmente ajena al espíritu de Barcelona, que cuando se vuelve a la Rambla parece que se regresa de un viaje.

En medio del barrio, y sirviéndole de meta central, está "La Criolla", mezcla de lupanar, de cabaret y de taberna, con ciertos pujos suntuarios, que no dejan de tener gracia. Su historia está embadurnada de tangos y constelada con las rosas de los facazos en tiempos de más auténtica guapeza. Pero hoy es apenas su sombra, a fuerza de concesiones a la consabida escenografía de los barrios bajos, con destino a la boba forastería, y lo pueblan marineros, suripantas con las arrugas pintadas como mapas en relieve, y sobre todo, ondulados pimpinelos, evadidos de la chamusquina de Sodomía. También suelen oírse, de vez en cuando, por allí los gallipavos y falsas espeluznas de las turistas sajonas, contemporáneas de Bernard Shaw, que van a "La Criolla" en busca de emociones fuertes y coñac de la misma marca.

Cuando la aurora—sigue el folletín—ha lavado ya con sus frescas esponjas azules toda la Barcelona suntuosa y laboriosa, todavía quedan entre los angostos callejones harapos de la noche, pegados tercamente a las paredes; fragmentos de canciones vinosas, que no pueden alzar el vuelo de sus alas borrachas; frisos de marineros tomados por la cintura, para aguantar el interior temporal, y una pareja de guardias ordeñando la última luz verde de un farol, para que nada falte en el ensañamiento de esta viñeta de "los bajos fondos", nada convencional por cierto...



# El Hogar MODERNO

Proyecto: OTTO WINKLER

Ejecución: MUEBLES BANELA.-MADRID

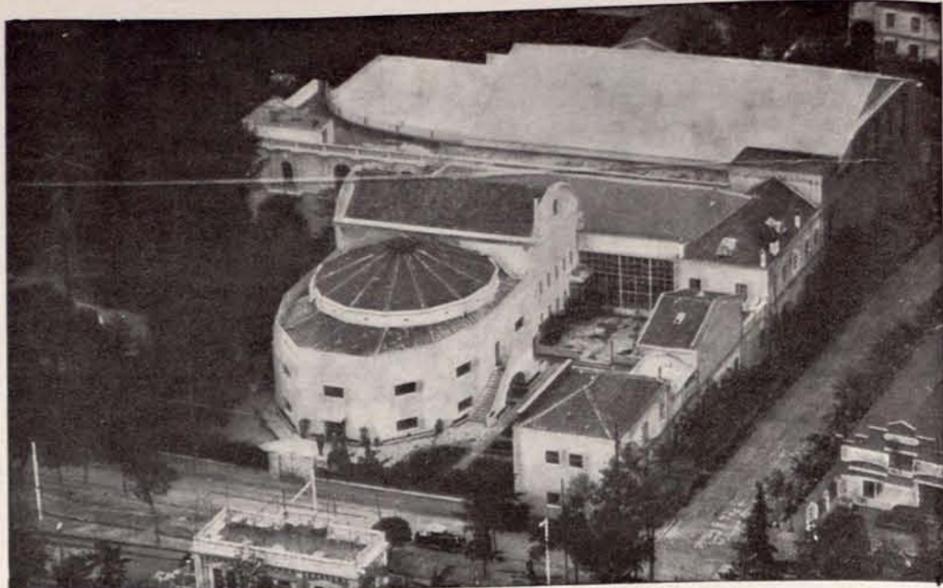
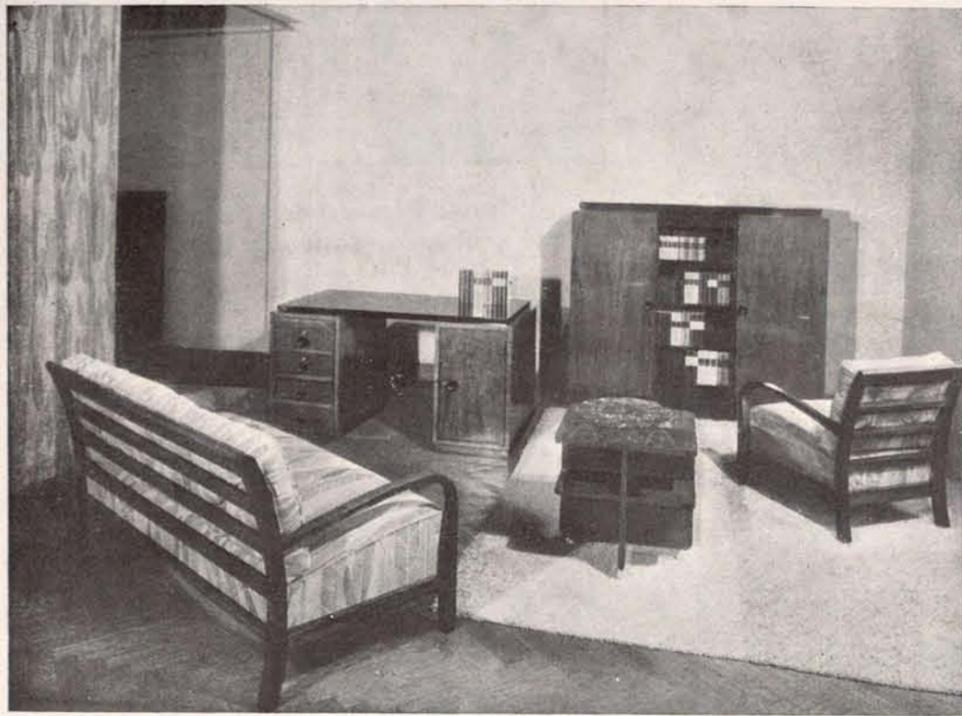
Los muebles de este despacho están ejecutados en madera de nogal macizo y de contrachapeados, según aconseja la práctica de varios años, a base de líneas sobrias y elegantes, careciendo al mismo tiempo de adornos superfluos y de exageraciones modernistas.

Los planos lisos de nogal, de fino veteado, son realizados en alto grado por los dos tonos distintos que se han aplicado para el barnizaje.

En la decoración de la habitación se ha conseguido una nota especial por la adaptación acertada del dibujo y del color de la cortina a los de la tapicería.

La pintura de la pared es de un tono único, azul claro. La alfombra está confeccionada en planos de tres distintos azules.

Los acreditados tejidos "Laro", de colores inalterables, que se han utilizado en tapicería y cortinaje, completan con su dibujo de ligeras hojas, también azules, la armonía en el conjunto total, dando al despacho un carácter de gran originalidad. La cortina, de finísima vuela, tamiza la luz en suaves reflejos azulados.



## LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS:** «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los ESTUDIOS DE LA CEA están equipados con aparatos de sonido Tobis-klang film y cámaras Super-Parvo y Eclair, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.

### Cinematografía Española Americana

S. A.

Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063  
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfono-  
núms. 53287 - 61329 - 61838

Ciudad  
Lineal  
(Madrid)

### Una zona de silencio absoluto

El Valle de los Reyes, el lugar misterioso donde reposan los grandes Faraones del antiguo Egipto, ha vuelto a ser motivo de apasionadas discusiones y comentarios, con motivo de un hecho misterioso para el que nadie ha encontrado hasta ahora explicación.

Un famoso aviador inglés ha contado hace unos días a un periodista que, volando de El Cairo a Kartum, a una altura de 2.000 metros, su mecánico exclamó cuando pasaban sobre el Valle de los Reyes, donde, como se sabe, se encuentra la tumba de Tut-Ank-Amen:

—La radiotelefonía no funciona.

—¿Por qué?—le preguntó.

—No sabría explicarme por qué—respondió el mecánico—; pero ésta es la duodécima vez que vuelo sobre el Valle de los Reyes, y siempre me ocurre lo mismo. A partir de Luxor, mi aparato funcionará de nuevo, y podremos comunicarnos con Waldi Halfa, la primera estación emisora del Sudán. Los peritos de la Imperial Airways y los mejores ingenieros de la aviación inglesa no han logrado todavía descubrir las razones de este silencio misterioso. Y los aparatos más potentes y modernos se callan al traspasar el Valle de los Reyes.

He aquí una nueva manifestación extraña del Egipto misterioso, que nadie ha podido explicar hasta ahora.

### La estación más elevada del mundo

En el paso de la montaña de Oleu, a 4.550 metros de altura, se encuentra situada la estación más elevada de Europa.

Dicho emisor funciona con ondas cortas y sirve para asegurar las comunicaciones con cinco metros entre el Instituto Mosso y el Observatorio del refugio "Regina Margherita".

### Nuevo procedimiento para las emisiones de teatro

La idea partió de Alemania, pero hoy son ya muchos los países que la han puesto en práctica. Para que las emisiones de obras teatrales en los estudios sean más puras, se ha substituído el clásico apuntador de la concha y los indispensables traspuntes por la proyección sobre una pantalla de

# R A D I O

## Informaciones y noticias de todo el mundo

los manuscritos de los respectivos papeles, con todas aquellas notas marginales y variaciones que el director de escena considere oportunas, y de este modo la representación se efectúa ante el micrófono con toda seguridad y sin titubeo de ninguna clase, y, claro es, sin que el invisible público radioyente se exponga al riesgo de dejar de entrar en situación por descubrir el truco.

### Descubrimiento radiofónico

Un sabio noruego, el profesor Larsen, ha inventado un aparato cinematográfico para la toma de vistas sonoras de la vida de los insectos. Gracias a un minúsculo micrófono, el profesor Larsen ha impresionado todos los sonidos emitidos por las hormigas, demostrando que todos los insectos poseen el sentido del oído.

### Pago automático

En Alemania se ha puesto en práctica el sistema del aparato de T. S. H. cuyo pago se verifica automáticamente, y que consiste en una caja colocada al lado del receptor, en la que se introducen las monedas.

La duración del funcionamiento es una hora por cada diez pfennigs.

Este mismo sistema pueden utilizarlo los aficionados que hayan adquirido sus aparatos al contado, para emplear las monedas depositadas en la adquisición de lámparas o accesorios para mejorar sus receptores.

**R A D I O W A R N E R**  
PLAZOS - CONTADO  
APARATOS DESDE 100 PESETAS  
PEDRO RANZ - Atocha, 33, moderno

### La antena de la torre Eiffel

De una interesante nota que M. Blondel ha presentado en la Academia de Ciencias de París, entresacamos los siguientes datos referentes a la antena de la torre Eiffel:

"De la plataforma intermedia, colocada a 200 metros de altura, parten tres hilos aislados, de 315 metros de longitud, que descienden oblicuamente al SE., sobre una distancia horizontal de 255 metros. Estos tres hilos terminan a cinco metros del suelo, y son entonces entrelazados para penetrar en el puesto subterráneo del Campo de Marte.

De esta disposición resulta que la antena radia libremente en la dirección SE., pudiendo comprender que la radiación es máxima en dicha dirección y mínima en la secundaria.

Como consecuencia de una serie de medidas del campo, efectuadas en Francia hasta distancias de 700 kilómetros, desde enero a noviembre de 1932, que varían mucho, se observó lo siguiente:

La radiación es poco intensa hacia el NO.

La altura efectiva de la antena puede considerarse que es de 100 a 110 metros, respectivamente, en sus dos direcciones. Por el contrario, en la dirección perpendicular se observa un mínimo simétrico, en la que la energía radiada es reducida al centímetro: la altura efectiva que resulta sobre el NE. o el SO. desciende a diez metros.

De estos resultados se saca la consecuencia de que la parte metálica de la torre es la base de corrientes importantes de acoplamiento, por inducción y capacidad con la antena. Los empalmes forman un triángulo que termina en lo alto por capacidad, y en la parte baja, por la tierra, actuando de conductores.

La altura efectiva calculada para dicho cuadro, dadas sus dimensiones, responde a una onda de 1.445 metros.

Esta singularidad confirma, en este caso especial de la torre Eiffel, cuyas dimensiones son tan importantes, el papel que pueden jugar los pilones metálicos en las radiaciones de las antenas."

### Emisiones en esperanto

El interés que despiertan las emisiones en esperanto ha provocado numerosas adhesiones en el Radio Club esperantista francés, habiendo aumentado éstas considerablemente e interesando se prosigan con más intensidad, si es posible, los cursos que frecuentemente se dan en el idioma internacional.